

## CASA DEL HUERTO DEL PINO

Antonio Martínez Franco

*Se alza la torreta azul  
de la Casa Grande en medio:  
Los aviones a millares  
criaban en los aleros.  
Vicente Medina*

**E**l término «torre» describe en lenguaje coloquial, en la huerta de Murcia, la casa de labor que preside una finca o propiedad. Sus orígenes se remontan a la Edad Media. Entre otros usos, estas casas sirvieron de refugio a los huertanos en caso de inundaciones.

El nombre se les adjudicó para su función, escala y valor social originarios y de este modo se llamó así, a partir del S. XVI, a todas las casonas grandes con torre o sin ella, que fueron el centro de una propiedad y pertenecieron a una familia principal. A veces fue el apellido el que dio título a la torre, incluso a sus veredas, parajes o carriles. Los materiales con los que se construían solían ser duraderos: piedra, ladrillo y trabajos de rejería.

Según Marín Baldo, era la vivienda típica del huertano rico. Se trata de una construcción más amplia que la barraca, con dos plantas. La planta baja acogía un gran zaguán con tinajero y la cocina comedor, mientras que en la planta alta se ubicaban los dormitorios y el granero y en la parte posterior de la casa estaba el corral y las cuadras.

La vivienda El Huerto del Pino fue construida sobre el año 1868 aproximadamente, cuatro años antes de la fecha de la primera adquisición documentada de la misma, en 1872. La compró a Bartolomé López del Castillo y a Joaquín Moreno del Castillo. Sería su cuarto propietario Manuel Moreno y Fajardo el que, supuestamente, veinte años después, pondría la fecha de 1892 en una placa de mármol que aún se conserva en el umbral de la puerta de acceso al porche.

La vivienda está ubicada en el inicio de la Senda del Pino. A unos cien metros, al final de dicha senda se erigía una casa torre. La adquirieron semiderruida, y desgraciadamente fue demolida en pro de la construcción. Está aún en mi memoria: alta, majestuosa y altanera, con su torre señorial, rodeada de un enorme palmeral que la envolvía y casi la ocultaba en mitad de la huerta, dándole un aspecto mágico y prodigioso.

Esa casa databa de 1440 y limitaba los pueblos y las parroquias de la Puebla (Nuestra Señora de las Mercedes) y Alcantarilla.

La Senda del Pino formaba parte de los bienes y límites del Consejero Real D. Alonso Fernández de Cascales. Época de Juan II de Castilla, padre de Isabel La Católica y de Enrique IV.

Nuestra vivienda parece ser que fue edificada tres años después a las casas construidas en Murcia por el arquitecto José Ramón Berenguer, quien estableció diferencias decorativas jerárquicas entre las mismas. En este periodo se construyen casas similares a la que nos estamos refiriendo.

La vivienda de El Huerto del Pino en un principio tenía un solo cuerpo y constaba de dos pisos. Casa y terreno estaban valorados en dos mil quinientas pesetas, en monedas de plata y billetes del Banco de España. Sin embargo he de resaltar que D. Antonio Aznar, el último propietario antes de que la adquirieran mis suegros, construyó una tercera planta para evitar las goteras que sufría en épocas de lluvia. Se la conocía como La Casa Morada porque, al parecer, en su fachadas imperaba este color, combinándolo con un rojizo oscuro.

A lo largo de los años han vivido en ella distintas personas que se han ido sucediendo una tras otra, por compra o por herencia, haciéndole hipotecas, pagando intereses y disponiendo según las disposiciones de sus antecesores en testamentos, ventas directas o a través de intermediarios.



Óleo de Antonio Martínez Franco. 30x30 cm.

La segunda propietaria que se conoce es M<sup>a</sup> de la Presentación Moreno, soltera, de 26 años, vecina de Alcantarilla y heredera de su abuelo, D. Joaquín Moreno del Castillo que, como he indicado antes, la había comprado a Bartolomé López del Castillo el 1 de julio de 1872, lo que demuestra que la vivienda fue construida unos pocos años antes de los que reza en la placa de mármol (1892). La heredera la vendió a su vez a Manuel Moreno y Fajardo, comerciante de 34 años. Como podemos constatar, la vivienda ha sido destinada a lo largo de su historia para distintos menesteres, según los intereses de las personas que la iban adquiriendo.

En 1892, Presentación la vende en 4.500 pesetas. Manuel Moreno la adquiere mediante un préstamo que le concede una convecina, Doña Josefa Agulló y Muñoz, préstamo que tiene que devolver en el plazo de dos años a un interés del 8%. El nuevo propietario la hipoteca en favor de su vecina.

Doña Josefa vecina de S. Pedro del Pinatar, falleció a los 59 años sin herederos; aunque había tenido una hija, fallecida prematuramente. Tenía un hermano, José, pero no pudo dejarlo heredero porque tenía perturbadas sus facultades mentales, y era incapaz de administrar los bienes. Entonces lo legó todo a su hijo político, D. Enrique Bernal Meseguer, Jefe de Estación del Cuerpo de Telégrafos, que se convierte en dueño de la vivienda y de todos los bienes de su suegra.

Pasaría después por diversos propietarios: un fotógrafo madrileño, Manuel Company, quien la vende tiempo después a Isidro Juan Félix. Años después la legaría a sus hijos, uno de los cuales, que había comprado su parte a sus hermanos, vuelve a venderla a un madrileño, Antonio Muñoz Núñez. Corría ya el año 1913.

El siguiente propietario la adquiriría en subasta pública, Juan José Bernal Resalt, de Alcantarilla a cuya muerte, por falta de herederos, pasa a ser propiedad de sus hermanas, Vicenta y Mercedes, quienes venden a su vez a Luisa Velasco Huertas. Poco a poco, la historia de la casa y de sus propietarios se va acercando a los preámbulos de la Guerra Civil española que tendría lugar muy poco tiempo después. En 1934 la adquiere Rogelio Velasco, y posteriormente Juan Guillén Mateos y su esposa, hasta que pasó a menos del industrial Guillermo Sagastiberza Espí.

La siguiente venta fue a Diego y Ginés Silla Carrillo, vecinos de Alcantarilla, por 150.000 pesetas. Estamos ya en el año 1946. Un año después, Ginés contrae matrimonio con María Gómez López y la convierten en la vivienda familiar, aunque a los pocos años decidieron venderla porque la consideraban muy retirada del centro, marchándose a la vecina villa de Alcantarilla.

La finca y la casa pasan entonces a ser propiedad de Antonio Aznar Castillo, que fue quien añadió otra planta a la construcción y quien la vendió en 1962 a Andrés López Soto y Catalina Martínez Domingo, convirtiéndose en los vigésimoprimeros propietarios de ese lugar. Mis suegros eligieron esta casa porque estaba en la huerta pero también muy cerca de Alcantarilla, Puebla de Soto y otras poblaciones limítrofes como Javalí Viejo, La Ñora y la Era Alta.

Para su adquisición vendieron todas las propiedades que poseían en Sangonera la Verde, hoy Mercamurcia, en pleno campo.

En ese momento la vivienda se encontraba muy deteriorada: pintura estropeada, numerosas grietas en las paredes, goteras... La instalación eléctrica era muy deficitaria; puedo constatar que apenas reunía mínimamente las condiciones básicas de habitabilidad, por lo que tuvieron que acometer algunas reformas.

Transcurridos los años, en 1998, la hereda su hija menor Antonia López Martínez, casada con el que esto suscribe en 1982. Ambos son actualmente los vigesimosegundos propietarios del Huerto del Pino.

Unos años después, en 2003, decidimos acometer la restauración de la vivienda con la finalidad de habitarla, para lo que iniciamos una reforma que consideramos imprescindible, en la que tuvimos en cuenta sus necesidades básicas y estructurales, así como mejorar las condiciones de estética y funcionalidad, tratando siempre de conservar los materiales primitivos, de modo que fuesen lo más apropiados y acordes al estilo de la misma. Por ejemplo, se han empleado los llamados «buches de paloma» en los aleros del tejado y barbacoa, hemos mantenido la mayor parte del suelo de losa hidráulica, y las colañas de madera rematando los techos y formando pequeños arcos entre unas y otras.



Huerto del Pino. Suelo hidráulico. Fuente propia.

También la escalera, de piedra gris del siglo XIX, que tal vez sea la parte más antigua de la casa, en la restauración la conservamos intacta, con el pasamanos de madera original y las esquinas con bolas blancas que rematan los tramos.

La fachada cuenta con cuadro ventanas y otros tantos balcones pintados en azulón y decorados con azulejos. La entrada a la vivienda está presidida por un gran arco de azulejos, posiblemente mozárabes. Junto a la placa originaria, otra de las mismas dimensiones en la que aparece el año de 2005, da fe para la posteridad de las reformas que se acometieron en esos años.

En el comedor existe una chimenea con la misma decoración, que reina en la estancia. La chimenea está adornada con antiguos enseres ornamentales y de uso doméstico de singular interés, y los laterales están rematados por adornos de rejería. Al fondo, en el hueco de la escalera, sobre un pequeño basamento se alza un tinajero con tres grandes tinajas y unos lebrillos al pie de las mismas. También hay una leja con antiquísimos vasos y platos.

Cuando iniciamos la restauración apareció una bodega en el patio, al parecer de época romana por los materiales encontrados. Desgraciadamente no pudimos conservarla, debido al enorme encarecimiento que ello suponía. También quiero mencionar que el patio conservaba un gran enrejado a ambos lados del coqueto porche sostenido por tres columnas de mármol con capiteles dóricos, desgastadas con el paso del tiempo. Ahora están entre las jacarandas y los cipreses en el patio, ya que con la remodelación y construcción del nuevo porche hubo que sustituirlas por gruesos pilares. Sobre el enrejado existía una frondosa parra de uva blanca y granos redondos que eran una auténtica delicia.

En la primera planta, el primitivo mirador disponía de tres enormes ventanales de iguales dimensiones en sus respectivas fachadas que proporcionaban una gran luminosidad a la amplia y diáfana estancia, sostenido por esas tres columnas de mármol que ahora decoran el jardín. El mirador sería sustituido por otro más amplio que se comunica con el comedor por un arco que une las dos estancias, sostenido por cuatro pilares estucados de hormigón.

La segunda planta es una amplia sala diáfana, en cuyo centro hay una gran columna recubierta de madera, con varias ventanas que proporcionan una magnífica luminosidad a toda la estancia, y una terraza con preciosas vistas.

La parte exterior de la finca consta de patio, cenador, porche, cochera, trastero-estudio, pequeño huerto, jardín, huerto mayor.

Cuando iniciamos la restauración aparecieron dos aljibes en el patio. Además, había una estructura de hierro, apoyada en la fachada interior de la casa, sobre unos pilares, que servía para sostener la enorme parra de uva blanca.

El amplio patio cuenta con una barbacoa con fogón y un fregador antiguo. Cuatro frondosas moreras forman un cenador con sus ramas entrelazadas para dar sombra en los intensos días de estío, y un hermoso ciprés, que también nos regala su larga sombra en los días soleados. En el patio se encuentra un horno moruno, donde antaño amasaban el pan para toda la semana y se hacían los dulces de Navidad.

El trino de los pájaros y el revoloteo de palomas constituyen la música de fondo del jardín, haciéndolo más vivo y agradable. Esos mismos trinos que, sin duda, han venido escuchando desde hace más de 150 años los diversos moradores que habitaron esta casa, tan llena de encanto como de historia y vida.



Huerto del Pino. Tinajero y subida escalera. Fuente propia.